

El diario olvidado de un Cazavventura

Helen Velando

loqueleg

Ya no se podía tolerar tanta lluvia. Hacía tres días que el agua caía en forma torrencial sobre villa Serrana. En la calle 121 Oeste, hogar de la familia Cazaventura, varias goteras habían comenzado a caer por la casona con un molesto y monótono plic, plic, plic.

Benjamín Cazaventura, el veterano profesor con el gran bigote en forma de cepillo, había ideado un ingenioso sistema para recolectar el agua que caía desde el altísimo techo del comedor: el goteador sonoro múltiple. Así había bautizado a una serie de recipientes que recogían dichas gotas para no mojar todos los pisos. Constaba el sistema de una palangana, media docena de vasos, cinco botellas, varios frascos de dulce, una lata de lubricante, una taza y una tetera. La palangana descansaba sobre la mesa ratona, encima del escritorio del profesor Rolando Cazaventura había una serie de seis vasos, en medio del piso del comedor estaban acomodados dos frascos de mermelada (sin mermelada, obviamente), en la repisa de la estufa se hallaba la

tetera, junto al sofá de seis patas del abuelo Juliano se encontraba una lata de lubricante y, delicadamente colocada en una silla, la taza que hacía juego con la tetera.

8 A distinto tiempo y con precisión que el profesor había cronometrado, cada gota caía en el lugar asignado y creaba una hermosa melodía. En realidad, *hermosa melodía de gotas* era su modesta opinión; otro podía haberla llamado *insoportable ruidito de gotitas cayendo del maldito techo*. Solamente él estaba orgulloso de su nuevo invento y, cada vez que la alarma de su reloj lo indicaba, vaciaba los recipientes y comprobaba que volvieran a sonar con ritmo. Sin embargo, tanta belleza sonora también lo hacía recordar aquellas proféticas palabras de su amada esposa:

—Benjamín, tendrías que arreglar las tejas antes de que venga el temporal de Santa Rosa.

El temporal había llegado como cada fin de agosto, estaba arreciando y Benjamín no había arreglado el techo.

La vieja casona de la familia Cazaventura hacía agua por todos lados, pero al profesor no parecía preocuparle. Caminaba muy orondo de aquí para allá luciendo uno de sus mejores paraguas, azul a lunares blancos, y se sentaba cómodamente a mirar los campos cada vez más inundados y las lejanas serranías que de a ratos la cortina de lluvia dejaba ver.

No había nadie más en la casa; ese era otro de los motivos por los cuales el profesor estaba tan tranquilo. Otra cosa muy diferente habría sido si su sobrino

Rolando, su esposa y los dos sobrinos nietos adolescentes estuvieran allí. Benjamín recordaba perfectamente las palabras de Rolando cuando le insistió en llamar a alguien para que reparara el techo. El veterano profesor se había sentido sumamente ofendido y había dicho que él estaba perfectamente capacitado para hacerlo y que de ninguna manera dejaría ese trabajo en manos inexpertas que quizá podrían arruinar algunos de sus maravillosos inventos, como el mecanismo del *gong*, el cual resonaba en toda la casona cada vez que alguien presionaba lo que, inocentemente, creían era el botón del timbre.

En fin, Benjamín se habría sentido en falta si ellos hubiesen estado allí, pero no estaban. Los sobrinos y sus dos hijos, Julieta y Martín, habían viajado a la capital del país por unos días. Su esposa, Amapola, se encontraba visitando a su hijo en España y no regresaría hasta los primeros días del mes siguiente. La extrañaba mucho y había evitado contarle lo de las goteras cuando llamó la noche anterior. Era un inventor un poco alocado, no un loco.

Por eso aquella mañana, mientras desayunaba en la cocina, donde las gotas caían solamente en una botella con un embudo, tres cacerolas y un baldecito de playa, Benjamín cerró el paraguas y mirando por la ventana se preguntó cuándo corno pararía aquella lluvia.

Decidió encender la radio para escuchar el pronóstico del tiempo, pero el aparato no reaccionó. La

humedad parecía haberse comido las baterías. Buscó por todos los cajones, revolvió los estantes y nada, no había ni una sola pila para poder hacerla funcionar. Salió hacia el comedor decidido a encender el televisor, que por precaución había cubierto con una bolsa de residuos, y descubrió que tampoco encendía. Movié el bigote de cepillo de un lado a otro y exclamó:

—¡Hamlet, creo que este temporal es peor de lo que imaginamos!

10 —Miau —contestó el gato gris, a salvo sobre el sillón verde.

—Sí, estoy en lo correcto. —Y se encaminó casi corriendo hasta el interruptor de la lámpara—. ¡También se cortó la luz!

El gato no se inmutó, se acomodó mejor y siguió durmiendo. Esto fue aprovechado por el ratón Romualdo, que corrió desde la escalera que conducía a los pisos superiores, se escondió detrás de los libros de la repisa inferior de la biblioteca y de allí disparó hacia la cocina.

El tío Benjamín recordó que en su laboratorio había baterías para la radio y también una buena provisión de velas. De inmediato se dirigió a la puerta azul que conducía al sótano y levantó el interruptor. Luego recordó que no había luz y bajó a tientas siguiendo el resplandor que se filtraba por la banderola con vitrales. Iba descendiendo con cuidado por los escalones de piedra y un grito resonó cuando llegó al último:

—¡A la gran flauta! ¡Esto está llenito de agua!

El sótano estaba totalmente inundado y eso nunca había ocurrido en la vieja casona de los Cazaventura. En un segundo cruzaron por la mente del veterano profesor varias ideas. Se quejó del cambio climático, de los cambios de temperatura, de la pérdida del equilibrio de los ecosistemas, de lo alta que estaba la napa freática... Y después de pensar en esas cuestiones y de enojarse bastante se avivó de que lo que tenía que hacer era rescatar en forma urgente sus papeles y sus inventos antes de que empezaran a flotar y se arruinaran sin remedio.

11

Subió las escaleras y salió disparado rumbo a su dormitorio en busca de las botas de lluvia de caña alta, las mismas que usaba para ir a pescar, que le llegaban por encima de la rodilla. Intentó bajar presuroso por la larga escalera de roble, pero no era fácil con aquellas patas largas y amarillas de goma; por eso se deslizó por el barandal y cayó junto a la estufa en el comedor. Se acomodó los lentes, se arregló el bigote y bajó nuevamente al sótano decidido a salvar todos sus inventos. En menos de una hora tenía una bonita montaña de artefactos en el comedor y había confeccionado una detallada lista de lo que había salvado.

Se sentó en la escalera de piedra del sótano a descansar un momento antes de cruzar el lago a buscar las pilas y las velas, que estaban sobre una alta repisa, y dirigió su mirada a la banderola buscando lo que él suponía era el lugar por donde habían ingresado

los más de treinta centímetros de agua que habían inundado el laboratorio. Ahí se llevó una sorpresa desconcertante: por la banderola no había ni un poco de humedad. La piedra gris de las paredes estaba seca; el agua provenía de otro lugar y seguía subiendo y subiendo peligrosamente.

—¡Qué raro! Si el agua no viene de la banderola que está a nivel del suelo exterior, ¿de dónde viene?

12 La vieja casona Cazaventura tenía más de dos siglos y siempre había pertenecido a la familia. Sin embargo, Benjamín desconocía mucho de lo relacionado con su construcción y no tenía mayores datos sobre sus orígenes, salvo que al principio había sido una finca rural que luego fue ampliada hasta convertirse en la mansión actual. Sabía que tenía un tema pendiente y decidió que cuando pasara la lluvia se abocaría de lleno a buscar material sobre la historia de la casa. En la fundación donde trabajaba junto con su sobrino, el biólogo profesor Rolando Cazaventura, y su sobrina política, la antropóloga doctora Isabel Fuentes, tenía acceso a los más variados archivos y podría hallar los datos, no importaba el tiempo que le demandara. Su abuelo paterno, Eustaquio Cazaventura, un viejito fenómeno, siempre le contaba que su familia tenía muchos secretos interesantes y que llevar ese apellido era un orgullo.

Benjamín movía su bigote de cepillo de aquí para allá cuando se dirigió a la repisa donde guardaba las velas y las pilas. Estiró la mano para tomar la caja

cuando algo lo desconcertó. Se acercó un poco más a la pared de piedra gris pizarra y comprobó que, increíblemente, el agua manaba por las piedras.

—Esto se solucionaría con hidrófugo —habló solo Benjamín.

A medio metro del piso, por las diminutas rendijas entre las piedras, cada vez entraba más y más agua. Era como si las paredes no pudieran soportar más la presión y cedieran el paso al líquido para liberarse de la argamasa que las aprisionaba desde hacía tanto tiempo.

Entonces Benjamín entendió lo que había sucedido. La tarde anterior había encontrado, junto a la pared trasera de la casa, un hormiguero que le llamó poderosamente la atención por su extraña forma. Amante de las construcciones hechas por los insectos, decidió que quizá podría observarlo mejor si lo desenterraba un poco. Tomó una pala y comenzó a cavar hasta alcanzar los cimientos de la casa. Sin embargo, no concluyó su tarea porque en ese momento sonó el teléfono. Era su esposa, que lo llamaba desde España. Estuvo de charla hasta que anocheció y olvidó el hormiguero por completo.

Ahora caía en la cuenta de que al lado de la pared que daba al sur de la casona había quedado un enorme hueco y que seguramente los desagües del techo caían en él y provocaban aquel desastre en el sótano. El veterano profesor estaba pensando en salir a tapar el agujero cuando notó algo extraño en una piedra, se aproximó y la tocó con la yema de los dedos. ¡Era imposible! ¿Cómo

nunca la había visto? Claro, el agua que se escurría por primera vez en el sótano revelaba una marca tallada en la piedra. ¿Era una letra? Eso parecía, una P.

—Necesito más luz.

14 El tío Benjamín se deslizó con las ridículas botas amarillas y subió hasta la cocina con la caja de velas. Regresó con un candelabro improvisado con la vértebra de un venado, que estaba en la pila de artefactos salvados en el comedor, y tomó un cuchillo del escurridor. Sacó el encendedor del bolsillo y cruzó el espacio inundado, con el agua que ya casi le llegaba a las rodillas. Colocó la vela encendida sobre una repisa e intentó aflojar la piedra haciendo fuerza con el cuchillo. La argamasa colocada dos siglos atrás terminó por ceder. Benjamín tiró el cuchillo e intentó seguir moviendo la vieja roca hasta que por fin esta cayó en el agua salpicándolo todo.

Acercó la luz y metió la mano con un poco de temor. El recinto era profundo y se hallaba completamente seco. De pronto sus dedos tocaron una superficie lisa, que parecía cuero. Como un mago el tío sacó de la galera escondida en la roca del laboratorio un envoltorio rectangular de tela encerada. Quien hubiese escondido dicho paquete, indudablemente, había querido preservarlo con esmero, pero ¿qué contendría? No aguantó la curiosidad y allí mismo lo abrió. El bigote de cepillo le flameó cuando apareció ante él un libro un poco roto y forrado en cuero, del cual asomaban algunas páginas amarillentas.

—¡La piedra marcaba un escondite y esto parece un libro antiguo!

Había una sola forma de averiguar de qué se trataba: leerlo.

Y en tanto la lluvia seguía cayendo persistente, Benjamín cerraba la puerta del sótano con el corazón acelerado por la emoción. Salió como una flecha y fue hasta la pared sur. Tomó la pala junto al enorme pozo lleno y, luego de darse cuenta de que era imposible taparlo, volvió a la casa como una flecha mojada.

Se secó apresuradamente y con la toalla todavía en la cabeza contempló el libro que había dejado sobre la mesa ratona, lejos de la gotera, por supuesto. El veterano profesor estaba muy ansioso, se volvió a poner los lentes y lo abrió. Era un cuaderno forrado en cuero oscuro y lo primero que encontró fueron algunas hojas que se habían desprendido. Lo que leyó en aquella primera página suelta lo dejó totalmente desconcertado:

En cuanto al cofre, alberga un tesoro muypreciado y le ruego que me lo guarde. No quisiera comprometerlo, solo espero que algún día pueda comprenderme y perdonarme.

Su hijo,

Patricio